



Andrés Sabella: el gran cronista del norte.

¿Quién fue, cómo fue?

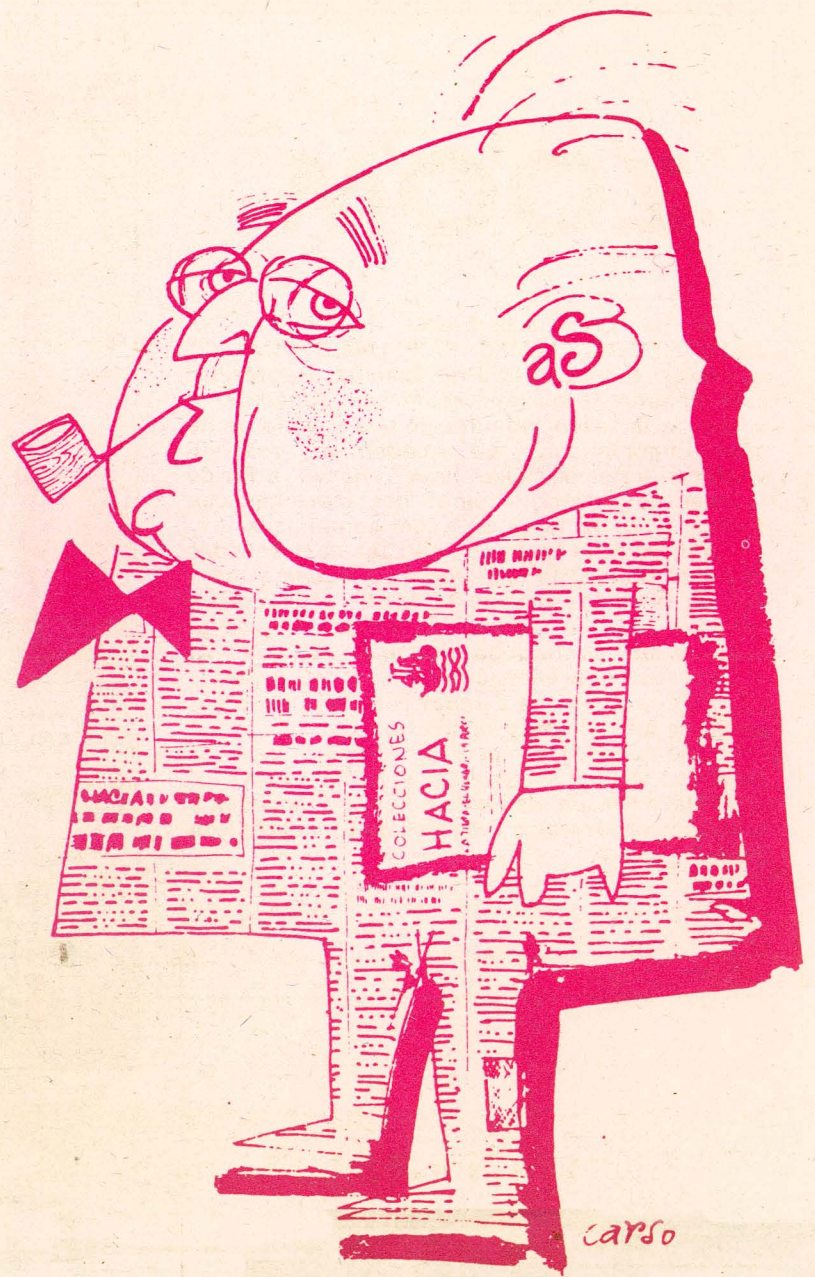
EL RETORNO DE CIFUENTES SEPULVEDA

por HOMERO BASCUÑAN

“HACIA”, el simbólico bajel, cuyo timón empuña con acierto y constancia desde hace más de cuarenta años el nauta iluminado y soñador Andrés Sabella, siguiendo su rumbo sin término por los océanos de la Poesía, ha echado ancla en el octogésimo puerto señalado en su escogido itinerario celeste: Joaquín Cifuentes Sepúlveda. Nada sabíamos de este poeta atormentado —que escribió sus libros a la luz de una vela en las mazmorras de la cárcel—, desde hace muchos años. Pero ahora, al cumplirse nueve lustros de su muerte, el Hermano Andrés lo rescata del olvido y nos lo presenta redivivo en el hermoso cuadernillo de sus ediciones “HACIA”, que con esta entrega redondea una cifra que señala una cumbre: 80.

JCS se merecía este homenaje del recuerdo y justo reconocimiento por su obra realizada hace más de medio siglo, a juzgar por los libros suyos que conocemos: “Esta es mi sangre”, por ejemplo, editado en Talca en 1918. “La torre” su mejor libro, fue publicado en Santiago por Ediciones Juventud, en 1922.

Sus días sombríos vividos en amarga soledad después de su dolorosa tragedia de los diecinueve años, quizá no interese recordarlos ahora porque muchos los ignoran y porque nada remediará en la memoria de un hombre, de un poeta muerto en Buenos Aires a los pocos meses de haber formado ese hogar soñado en los parajes floridos de Talca y San Clemente. Sin embargo, será bueno echar una hojeadita a libros y revistas de otro



COLECCIONES

HACIA

La Tierra • El Hombre • La Poesía



Joaquín Cifuentes Sepúlveda



*Sobre mi corazón sólo siento
el quebranto que sentí cuando
niño por coger una estrella.*

ANTOFAGASTA • CHILE

Portadilla de la revista “Hacia”.

tiempo para informarnos, como mirando hacia una lejanía infinita, algo de la vida atormentada de este desventurado Joaquín Cifuentes Sepúlveda, que nos conmueve con sus letanías dolorosas y el grito de su sangre, y con sus acongojadas revelaciones de “La Torre” y, tal vez, gracias a las vibraciones de una sintonía milagrosa, con su poemario “Harmonipan”, que tenía terminado en 1923, pero que no alcanzó a publicar.

En la revista “Ratos Literarios”, órgano oficial de los alumnos del Liceo de Chillán, del 30 de junio de 1921, se publica una entrevista que el estudiante Steban Acuña Wondeglez hizo a Joaquín Cifuentes Sepúlveda en la Cárcel de Talca, a principios de ese mes. Por aquel tiempo ya se había dado a conocer con sus libros “Letanías del dolor”, “Noches” y “Esta es mi sangre”, comentados elogiosamente. Entre sus críticos podemos recordar a Roberto Meza Fuentes, Fernando García Oldini, Edgardo Garrido Merino, Fernán Silva Valdés, José Domingo Gómez Rojas y Marcelle Auclair, a la que JCS había traducido algunos poemas de su libro “Transparence”.

De aquella entrevista creemos oportuno reeditar un párrafo “para la historia”: “En su triste vida, el poeta no se olvida de sus compañeros de infortunio: los presos. Bajo su iniciativa funciona en el interior de la cárcel un colegio que él dirige. Está al frente de una biblioteca, y se encuentra ahora empeñado en formar una sociedad de ayuda para los reos enfermos y desvalidos. Y esto lo hace sin omitir sacrificios, a pesar de que siente la amenaza de la tisis”.

En 1921, la revista “Juventud” —la gloriosa atalaya de la Federación de Estudiantes de Chile— publicó un Manifiesto poético de Neruda (que había triunfado en el Concurso de Prólogos de la FECh, con “La Canción de la Fiesta”), en el que decía que

Cifuentes Sepúlveda estaba muriendo en la prisión y que

Sus manos deben expresar el oro maravilloso de las uvas blancas. Debe oír en la tarde campesina las astrales campanas del crepúsculo cayendo sobre el mundo como muchos corazones sonoros...

En aquel Certamen de la Primavera JCS obtuvo una Primera Mención Honrosa, con su poema “Fiesta de la Primavera”, a escasa distancia del autor de “Crepusculario”.

Pero es en su libro “Las Alas”, incluido en el mismo volumen de “La Torre” (Ediciones Revista “Juventud”, 1922), en el que el poeta revela los momentos dramáticos de su reencuentro con la libertad. En su poema “Después de cinco años...” dice:

Pueblo, pueblo...
¡Pueblo del hogar llorado
vuelvo al fin!
Vengo estrangulado...
Soy otro Joaquín.

Y al final, a su pueblo y a la amada:
Pueblo, pueblo, vuelvo al fin.
Las casas me llaman, tienen voces
—¡Joaquín, Joaquín!—
Pero tú te callas,
Ya no me conoces...
¡Me voy a morir!

Gracias, Hermano Andrés, por habernos rescatado del olvido la imagen de este malogrado valor de nuestras letras, del que Raúl Silva Castro expresó: “Quien tome en sus manos La Torre su mejor libro, y sepa que fue escrito en la semi oscuridad de una celda, sentirá que el corazón se le encoge. Cifuentes Sepúlveda era poeta, y allí lo probó. Su nombre no debe morir” (“Revista “Atenea”, mayo de 1929).

El octogésimo Cuadernillo de HACIA nos ratifica esta afirmación de Raúl Silva Castro: Cifuentes Sepúlveda está todavía entre nosotros.